Lova canta para Majken



Mamá y papá

Este libro pertenece a

_____

¡Bienvenido a este libro de ejemplo! Está hecho igual que estará el tuyo, con las fotos y las elecciones que se muestran al lado, y enseña cómo puede ser un cuento de Saga para ti. Pasa las páginas, lee e imagina a tu hijo o hija como el héroe de su propio cuento.

Es la noche antes de Santa Lucía. Mañana Lova irá la primera en la procesión de Santa Lucía en casa, con la corona de luces sobre la cabeza. Ahora está de pie sobre la alfombra del salón, con un vestido blanco y una cinta roja. Frente a ella, Majken está sentada sobre su cojín amarillo. Solo la gata escucha.

Lova toma aire. Se sabe la canción. Aun así, su voz sale como un susurro muy, muy pequeñito. «Canto para Majken», piensa. A sus pies reluce una larga tira plateada de oropel de la corona de luces. Los bigotes de Majken se estremecen.





Lova se pone la corona de luces en la cabeza. Cinco pequeñas luces eléctricas se encienden con un brillo suave. Una hebra plateada se ha quedado enganchada en el borde, y Lova intenta soltarla.

Majken ve cómo tiembla la hebra. Parpadea. Se balancea casi como la cola de un ratón. Lova prueba otra vez la primera línea, aún más bajito que antes. «Canto para Majken», piensa. Entonces aparece disparada una pata rayada. ¡Y al instante siguiente hace fshhh!

Majken ha atrapado el oropel. La corona de luces la sigue, cruzando toda la alfombra. La gata corre tan deprisa que las cinco lucecitas saltan y parpadean.

—¡Mi corona de luces! —grita Lova.

Corre detrás de ella. Majken gira hacia el dormitorio y desaparece debajo de la cama. Lova se detiene en la puerta. ¿Quizá Majken ha corrido para no tener que oír aquella cancioncita tan diminuta? Debajo de la cama brillan dos ojos verdes. Y, más adentro, parpadean cinco lucecitas.





Debajo de la cama huele a polvo, a bloques de madera y a un calcetín perdido. Lova se tumba boca abajo y estira la mano hacia dentro.

—Majken, ven. Eso no es un gorro para gatos.

Majken da toquecitos a la hebra plateada. Pata. Pata. Pata. Después retrocede más al fondo con la corona de luces. Lova oye un crujidito, ve desaparecer una cola y murmura:

—Canto para Majken.

Quiere gritar. Pero no lo hace. Todavía.

De repente, Majken sale disparada de debajo de la cama y salta hasta la estantería. Aterriza en medio de los libros ilustrados y la cesta trenzada.

—¡La estantería también no! —dice Lova.

Busca su pequeño taburete y se sube. La corona de luces está torcida sobre las orejas de Majken. La gata vuelve a atrapar el oropel, pata-pata-pata, como si tuviera un trabajo importantísimo. Lova casi llega hasta ella. Entonces Majken salta al otro lado y corre hacia el armario.



Dentro del armario huele a lana, a impermeable y al gorro con pompón de Lova. Majken está sentada encima de las bufandas. La corona de luces se le ha deslizado hasta los hombros, y el oropel es un juguete perfecto.

—Me toca a mí llevar la corona de luces —dice Lova.

La persigue con cuidado entre las perchas. Majken se escurre entre sus pies. Sin pensarlo, Lova canta:

—¡Majken, Majken, sal ya!

Su voz rebota entre la ropa de invierno. La gata se detiene, pero solo durante un parpadeo. Después sale dando saltitos al pasillo.

La puerta de entrada está entreabierta. Afuera, los pequeños escalones están blancos de nieve recién caída. Majken sale dando saltitos con el oropel y la corona de luces.

—¡Espera! —dice Lova.

Papá está justo junto a la puerta mientras ella mete los pies en sus botitas. Luego sale solo hasta el escalón de arriba. Allí está Majken, con la cola enroscada alrededor de las patas. Lova canta fuerte al aire frío:

—¡Majken, espérame!





Entonces todo se queda muy quieto. Majken sigue sentada en medio de la escalera. Tiene las orejas hacia delante. La corona de luces está en la nieve, a su lado.

Lova se queda con la boca abierta. Ha cantado fuerte. Muy fuerte. Prueba otra línea, despacio esta vez. Majken no parpadea. Está escuchando. Lova recoge la corona de luces de la nieve y la aprieta contra su barriga. Después empieza a cantar mientras vuelve hacia dentro.

Ya dentro, Lova seca los copos de nieve de la corona de luces con un paño de cocina. Desengancha el oropel con cuidado. Majken se sienta junto a la silla y mira, sin mover ni una patita.

Sobre la mesa huele cálido a bollitos de azafrán y especiado a galletas de jengibre. Lova coge un bollito y mira a la gata.

—Cuando mañana me revolotee la barriga —susurra—, cantaré para Majken. Primero dentro de mi cabeza.

Majken parpadea lentamente.





En la mañana de Santa Lucía, las ventanas son de un azul oscuro, aunque pronto amanecerá. Lova se pone el vestido blanco por la cabeza y ata la cinta roja. Después se coloca la corona de luces. Se encienden cinco lucecitas.

Majken está sentada en el banco del pasillo y sigue todos sus movimientos. Lova no practica con la boca. Solo piensa las palabras, tranquila y despacio: Canto para Majken. En la cocina ya están preparados los bollitos de azafrán. Allí espera la procesión de Santa Lucía.

La casa está en silencio, casi como si el suelo y las puertas también escucharan. Lova atraviesa el pasillo. Las lucecitas de la corona brillan delante de ella. De la cocina llega el olor del café caliente, el azafrán y las galletas de jengibre.

Junto al umbral, los pies de Lova preferirían quedarse quietos. Recuerda dos ojos verdes debajo de la cama. Recuerda la pata sobre la estantería, las bufandas del armario y la nieve en la escalera. Canto para Majken, se dice en silencio. Entonces entra.





Lova abre la boca. Primero sale una nota. Después otra. Luego llegan las palabras, claras y cálidas, y llenan la cocina hasta la ventana.

Majken está sentada en el alféizar. Ahora no tiene oropel entre las patas. Solo las orejas hacia delante y los ojos fijos en Lova. Afuera, la nieve reluce suavemente. Dentro huele a bollito de azafrán, y las cinco lucecitas brillan sobre el pelo de Lova. La canción continúa, línea tras línea.

Cuando la última nota queda suspendida, hay silencio durante un ratito. Lova mira hacia la ventana. Majken inclina la cabeza hacia un lado, igual que en la escalera nevada.

Lova sonríe a su público favorito.

—¿Otra vez?

Majken levanta una pata y da un suave toquecito al cristal. Las cinco lucecitas de la corona brillan junto a ellas en el vidrio de la ventana.



Lova canta para Majken

Lova irá la primera en la procesión de Santa Lucía en casa, pero su canción no es más que un susurro. Cuando Majken sale corriendo con la corona de luces, Lova encuentra una canción que puede acompañarla desde el dormitorio hasta la ventana helada.